

AQUI POESIA

6

1964 *1967* *3000*
Y *W*

SAUL IBARGOYEN ISLAS

DE ESTE MUNDO



75,80

13788 + 50

Aquí, Poesía
Publicación bimestral

Director:
RUBEN YACOVSKI
Veracierto 1870 ap. 6
Montevideo, Uruguay

Acaba de aparecer:
Número 7
Montevideo al Sur
por Juan Carlos Legido

De próxima aparición
Número 8

Con obras, entre otros, de Clara Silva, Mario Benedetti, Gladys Burci, Milton Schinca, Jorge González Bouzas, Cristina Peri, etc.

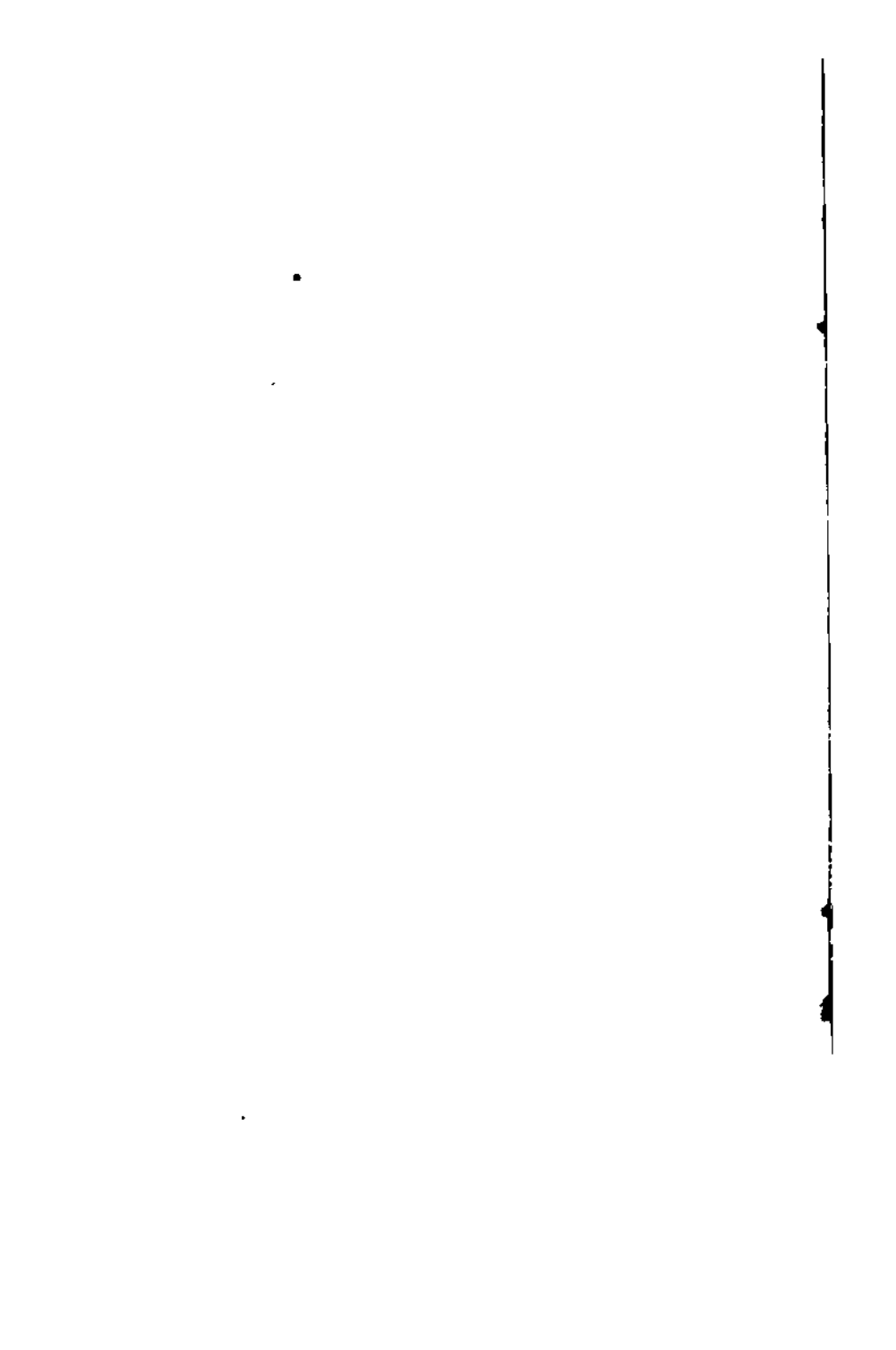
Homenaje a César Vallejo

Poesía ilustrada por Amalia Polleri. (Adhesión a la Feria del Libro 1963).

Colección Testimonio (prosa)
ESTAMPAS MONTEVIDEANAS
por Luis Alberto Varela

CA
/ 2000
AC





DE ESTE MUNDO



maria D. Jatta
1509.

A large, complex handwritten signature or flourish, featuring multiple overlapping loops and a prominent vertical stroke on the left side.

OBRAS DEL AUTOR:

El pájaro en el pantano (1954).

El rostro desnudo (1956).

El otoño de piedra (Ed. Deslinde, 1958).

Pasión para una sombra (Ed. Deslinde, 1959).

El libro de la sangre (Ed. Deslinde, 1959).

Un lugar en la tierra (Ed. Deslinde, 1960).

Ciudad (Ed. Alfa, 1961).


Límite (Ed. Diálogo, Asunción, 1962).

Sin regreso (Panorámica, Lisboa, 1962).

De este mundo (Ed. Aquí Poesía, 1963).

SAUL IBARGOYEN ISLAS
DE ESTE MUNDO

Alfonso...
~~Obra de~~ *la...*
1966



[Large stylized signature]

AQUI, POESIA, MONTEVIDEO, 1963.

1003

Perkins

Enrique
Jato

1963

A Mario Benedetti,
A mis amigos de la revista "Deslinda":
Benito Milla, Emilio Ucar, J. Carmona
Blanco, Ernesto Maya (h.) y Hugo Gar-
cia Robles, mi reconocimiento.

1

*Creaste la tierra según tu corazón
mientras estabas solo.*

EHKNATON (Himno al Sol)

0000

Poesía

a Juan Cunha

No está en este momento,
pero debo llamarla.

Estoy obligado a decirle
de lo poco en que creo,
de las muchas cosas
que no fueron canto.

No está como otras veces
a mi lado,
hablándome, escuchándome.

Pero debo llamarla:
la buscaré casa por casa,
llaga por llaga,
temblor por temblor;
levantaré cada piedra,
indagaré en mares y en insectos,
incendiaré los bosques,
procurando su lágrima
imborrable.

Cómo es posible
que ahora no esté aquí,

cómo podré
imaginarla lejos, sin palabras,
perdida, fuera de este tiempo
que sabe sujetarme.

Cómo callarle
el dolor y la infamia
descubiertos;
cómo no decirle
de la muerte que avanza;
cómo no contarle
el asombro
ante el cielo que pasa.

No está aquí,
¿por qué no está?

Puedo asegurar
que no hubo ofensa de mi parte;
quizás mi amor fue excesivo
o no fue bastante.

Mas, cómo medir la primavera,
el brillo de una escama,
lo intenso de la noche,
una simple distancia.

Sólo puedo decir
que para tener voz
debo llamarla,
para tener manos
debo buscarla,
para tener sangre
debo encontrarla.

Cero

a Carlos Brandy

Aquello sucedió rápidamente.

Tan de pronto ocurrió
que no hubo tiempo
de cerrar los ojos,
de mirar,
de tener miedo.

Quedaron manos detenidas
en actos de amor,
de piedad, de furia;
los gritos fueron
rígidas flechas absorbidas por el viento;
el sol, un diente helado
comiéndonos los nervios;
la noche, una distancia
largamente presentida;
los amantes, estatuas
abrazadas a lo eterno.

Tan de súbito ocurrió,
fue aquello tan perfecto,
que el árbol

no fue árbol,
ni la rosa
fue rosa,
ni el niño
fue niño,
ni la piedra
fue piedra,
ni el agua
fue agua,
ni el silencio,
silencio.

Un nuevo sistema
castigó la hierba,
penetró las escamas y los pétalos.
Ya nadie pudo
refugiarse en el sueño,
ya nadie tuvo luz,
ya nadie tuvo sombra,
ni se miró al espejo
ni copió más pecados
ni adquirió más defectos,
ni exaltó pasiones
para después negarlas,
ni murió por verdades
o por alma,
ni se mezcló entre el futuro
y el recuerdo,
ni se agarró
al desgaste del deseo,
ni a la fiebre, ni a la fe,
ni a una planta
de sencillas hojas verdes,
ni a un perro esperando
con la cola levantada,
ni a un perfume
de cabellos en la noche;
ni a un fantasma
disfrazado de esperanza.

Aquello fue tan rápido,
tan técnicamente exacto

y en pureza concebido,
que los ojos abiertos
quedaron abiertos,
y los ojos cerrados
quedaron cerrados,
y los informes fueron,
por siempre, secretos.

Fue tan rápido
que ocurrió en menos del tiempo
necesario a la boca
para hacer un beso.

Porque aquello vino de una boca
friamente diciendo:

Tres...

Dos...

Uno...

Cero...!

Viaje a Manga

a Generoso Medina

A veces desliza el otoño
su espada amarilla
en los caminos del suburbio,
y vuelve propicio mi retorno
entre hojas temblando,
desprendidas.

El limpio sol acepta
que la gran casa
se yerga incambiada,
que delante de mi voz
la puerta se abra,
que un perro con su nombre
se alegre entre mis pasos.

Para arribar a mi escondido
territorio de naranjas,
a la tarde soltando
sus claros jazmines,
me basta amar en mis oídos
el canto conocido
que traen nuevos pájaros.

Los hierros paralelos
que queman la hierba,
son la doble frontera,
la más próxima y lejana
que sostiene mi infancia.

Esperando el tren
y su fuego nocturno,
pare, mire, escuche,
era la consigna;
después solíamos hacer
un complicado cálculo
con luciérnagas y estrellas.

Más tarde,
en medio del regreso,
acechaba el perfume
de los altos eucaliptos susurrantes,
y los pájaros maduraban las canciones
que recuerdo ahora,
sorprendidas,
mientras recoge el otoño
su espada amarilla. ,

Advenimiento

Viniste,
no sé cómo has llegado.

En hombros te trajeron:
tu agilidad dormía
como el vientre de las piedras.

A tu llegada
no asistieron los sueños,
no se molestaron
los sabios
ni se incomodaron
los necios.

Los hombres del mundo
estaban ocupados,
pero tranquilos:
destruyéndose.

Llegaste sin luces,
sin himnos,
sin coronas,
sin frutos salvajes
cayendo de los labios.

Sólo una sonrisa
llegó
por aire o por recuerdo,
adelantada.

Alguien pudo recibirte
abriendo las manos
y colocando en ellas,
el reconstruido signo
de la ausencia.

Pero quién pudo
reconocerte,
si eras la fuerza,
si venías de los ruidos incansables
de la sangre,
si el silencio del mar
te perseguía,
si el sabor de las palabras
era barro,
si naciste al llegar,
como un pájaro
que en la noche sigue
escuchando su canto.

Llegaste al fin,
porque nunca he sabido esperarte.

(La soledad se aprende
estando solo,
como se aprende la muerte
estando en vida.)

Llegaste,
y esto es suficiente.

Quizás como la lluvia
que moja la cara
y cae a la tierra,
que sólo por eso
en otra tierra
de carne, de grito y de fuego,
se ve convertida.

Sitio oscuro

a Milton Schinca

Desgraciadamente,
estoy en mi sitio,
y pasan las nubes
y no puedo tocarlas.

El mundo golpea
y lo recibo
como a los ruidos
que ya no estremecen
al perro de la casa;
o como al olor del vino
que, hábilmente,
a través de las duras
botellas escapa.

Clavado en mi sitio,
haciendo mis raíces.

Pero quiero ir
al pie de las montañas,
pues dicen que allá
está mejor el cielo:
y buscar por los caminos
los dientes del hambriento,
traerlos a mi mesa

y decirles
que el dueño de su hambre
tendrá que comer menos;
y encontrarme con los viejos compañeros
para avisarles
que ni al corazón
ni a los sueños
corresponden impuestos.

A falta de otra cosa,
estoy en mi sitio,
y no permitiré que las campanas
alteren el orden del silencio,
ni que sea la realidad
un testigo indiferente.

Dejaré que las nubes azuladas
circulen libremente por mis venas,
mientras los astutos mercaderes
respiran su fatiga
y se olvidan del aire.

Desde mi sitio oscuro
es probable contemple
la derrota de los grupos financieros
y cómo, después de un débil 'crac',
las sociedades anónimas
ruedan por el suelo.

Y yo estaré contento,
sin duda, de haber esperado mi tiempo,
de haber inventado antiguas profecías.

Y sabré ser alegre,
y aprenderé a trabajar con mis manos,
que habrán de ser mías.

Y por las noches
volveré a mi sitio,
ya más tranquilo
y menos oscuro,
a vigilar que de modo incansable
se cumplan
el amor y el sueño,
plenamente.

Tiempo de reir

a Gastón Figueira

Hace tiempo
sabíamos reir,
en una edad sin sombras,
apretados
bajo el olor incandescente del cielo.

No fue en el paraíso
donde nuestros labios
aprendieron a moverse,
ni hubo magos legendarios
que sacaran de su corazón
aquel sonido.

Pero reíamos,
y el mundo cambiaba
en un milímetro a la redonda,
totalmente.

Sabíamos reir,
y cada hoja o cada mariposa,
era una sonrisa
por el aire
suelta.

Sucede ahora
que a veces, detenidos
por algún accidente,
por algún silencio,
notamos que nos recorre
la boca
un movimiento;
y que la luz se acerca
desviando cada gesto.

Pero, no podemos reir:
estamos atareados,
confundidos, moribundos,
aplastados, enfermos.

El tiempo de reir
fue en otro tiempo.

La bandera

a Ariel Méndez

Yo no vengo a corregir
la voz de nadie,
que la vida nos quita
todo el tiempo
y en la espera se consume
la imagen que esperamos.

Estoy en la lucha:
afirmé tantas veces mi insistencia
que ya casi no importa
conceder un minuto
al pequeño pájaro que enciende
con dulzura increíble
la mañana.

Y aun las monedas que permiten
llegar hasta los panes y los peces,
deben ser consideradas.

La sonrisa del bruto,
no por suya,
debe ubicarse en un rincón de nuestra cara,

como cada instante en que parece
acercarse la sangre proclamada.

El temor a lo distinto
se hace grande,
por eso debemos mover nuestra bandera:
si viento no hay, tendremos voces,
o arrojaremos contra el aire,
piedras.

Siempre habrá
para esta lucha un privilegio:
estar en ella como están
los huesos en el cuerpo,
como el verde está en las hojas,
como el silencio en los caminos
del verano.

Yo no vengo a corregir
la voz de nadie;
solamente a recoger
nuevos instrumentos de trabajo.

Por eso cuando pido
reunirme conmigo para quedar solo,
para respirar de mi razón indeclinable,
aparto el minuto más pequeño
que un pájaro como una gran bandera
habrá de encender
con toda su dulzura.

Belleza

Eres como el amor:
naces de la destrucción
que tu ausencia
ha provocado.

Mencioné tu nombre
muchas veces,
muchas veces hablé de ti
largamente con los pájaros.

Siempre anduve cerca
de aquellos caminos
por donde iba tu voz,
sin encontrarte;
y siempre dispuse
de seguras señales:
quién puede saber
que la luz con que miras,
no es de tus ojos,
y que nada hay en ti
afectado por la sombra.

Tú estás para indicarme
palabras que no conoces,

para que el tiempo vacile
pensando en su muerte.

Tú estás para que el orden
de las cosas se desplome,
para demostrar
que todo puede ser iluminado.

Eres la posibilidad,
la lluvia inesperada,
la vocación del hombre
por agarrarse al aire.

No existes,
pero naces
de tantas manos distintas
que no pueden tocarte
y de tanta fiebre oscura
que a través de ti, se purifica.

Nunca tuve esperanzas de verte;
prefiero saber que estás lejos
y buscarte;
o sentir el calor que te he dado,
o imaginarte entre blancas colinas,
disminuyendo las miserias del mundo
y hablando largamente
con los pájaros.

La miel del verano

a Alfredo Zitarroza

Amigos, compañeros,
que tanto caminaron
los pasos de la infancia.

Quiero traerlos ahora
a mis palabras:
no le está permitido
al hombre
olvidar.

Con los años se recogen
objetos imprevistos
y el viento nos acerca
el viejo sabor del aire respirado.

Muchas cosas comunes nos unían los ojos,
mientras la calle
como una espuma silenciosa
navegaba a nuestro lado:
las muchachas tenían en la boca
el jugo del verano
y en la sangre nos dejaban
ese latido que siempre recordamos.

La vida era un milagro
interrumpido cada noche:
cuánta urgencia en el deseo
de los frutos aún lejanos;
qué costumbre distinta de soñar
sin que el tiempo pudiera causar daño.

Todo era explicado,
todo estaba claro:
imaginábamos ser sabios
y la verdad se posaba,
como un pájaro dócil,
en una u otra mano;
nos creíamos héroes
y tímidas princesas miraban el combate
desde un alto castillo
rodeado de lagos.

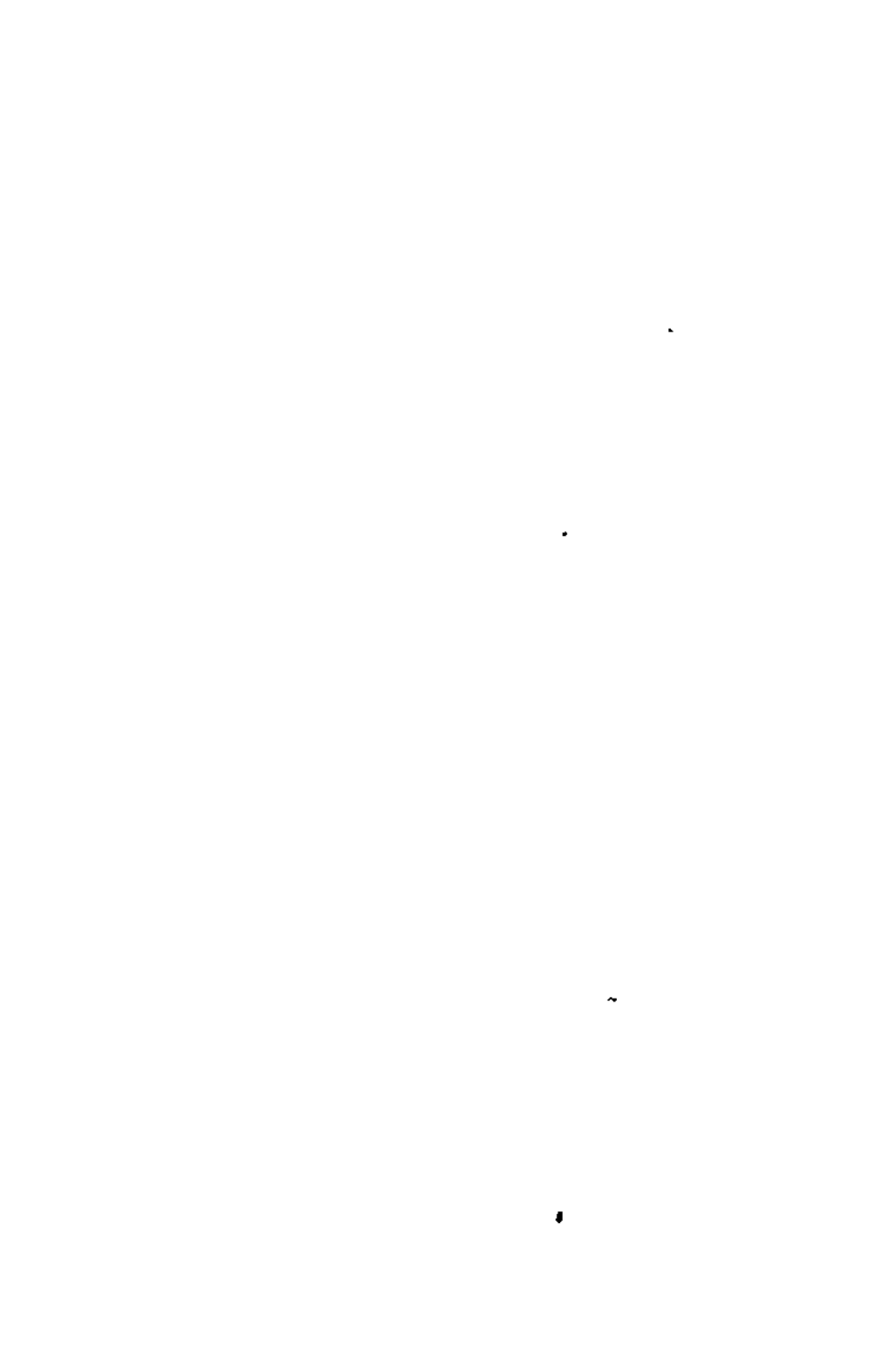
Amigos, camaradas:
algunos ni siquiera
sus nombres me entregaron;
otros nacen cada vez al ser nombrados,
y otros tienen apenas
un silencio solitario.

Quise traerlos hasta mis palabras,
que caminaran nuevamente
mis pasos de la infancia.

No mencioné sus domingos de barro,
ni sus noches de miedo,
ni su falta de calor
y de esperanza.

Sólo busqué mi presencia entre sus actos;
entre sus rostros, tocarme la cara.

Son el frío y la ausencia, sin embargo,
los que dejan en mi boca
esta miel un poco triste
del verano.



2

*La ciudad desvelada circula por mi
sangre como una abeja.*

OCTAVIO PAZ

✱

.

Cada hombre

a Enrique Fierro

Cada hombre suavemente encuentra
un golpe
entre sus manos
y los vidrios rojos,
y busca una palabra,
y ofrece un cigarrillo
y se decide al amor.

Cada hombre
camina sus calles
lentamente,
recuerda papeles
donde su nombre estaba,
enciende un cigarrillo
y descubre entre el humo
su tristeza.

Cada hombre mueve
los brazos débilmente,
recibe el silencio
que a su debida hora llega,
arroja un cigarrillo
al corazón de la ciudad
y pregunta
qué pasó.

El mendigo

a Mauricio Maidanik

En ciertas ocasiones,
especialmente en momentos de invierno,
bajo la presión de mi propia sonrisa
o defendido por gruesos pliegues
de mi conciencia,
te rechazo, no puedo verte,
emerges como un instante inesperado
de violencia,
me retraes de lo humano,
quieres agregarme a tu miseria.

No te miro:
pueden seguirme tus manos
místicas y expertas.

Hay en ellas
una apremiante disposición de hartazgo,
un engaño rotundo
que tu mirada ratifica,
inclinándose al recibir la gracia.

Pero suele ocurrir también
que retroceda,

que resuelva buscarte,
que me incorpore a la mentira desnuda,
a la total sospecha.
Y soy yo, por lo tanto, el que requiere,
el que pide, el que atisba
agitando una gratuita expectativa.

Es entonces cuando aprendo
que puedes estar o abandonarme,
que puedes aumentar o restringir
la dudosa potencia de tu imperio,
la sufriente actitud
de tu comercio.

Y todo porque no sabemos dar,
entregarnos sin grandes voces,
sin sobornos, sin distancia;
todo porque no nos enseñaron
a quedar desnudos
en medio de la noche.



Ciudad bajo la lluvia

a Jorge Medina Vidal

Regresó la lluvia
de lugares previsibles.

Está otra vez
trasladando sus dominios;
toca suavemente
los charcos de la calle.

Es tenaz y vuelve,
se levanta, asombra
con sus voces cambiantes,
invade la ciudad
con su presión de culpa,
castiga el mármol, el cemento,
los minerales desprendidos
de la tierra,
las cabezas empapadas
y sufrientes.

Todo golpea,
nada escapa a su pureza agonizante;
es un fuego blanco que asedia
con la fuerza viva

de pesadas o brevísimas semillas;
pero siempre la ciudad reaparece,
se reintegra a su oscura verdad
de movimiento,
a la distancia que crece
entre las bocas,
y al miedo de la lucha, del odio,
y a la furia de los gritos
y del cuerpo.

La ciudad regresa
a sus sitios previsibles,
camina sus calles
sin tocar los charcos,
sin sentirse alcanzada por el agua,
sin pensarse hundida entre las grietas;
y camina y corre
y se retuerce,
repleta y desnuda,
hambrienta y satisfecha.

Y así cada gota
de la lluvia,
y así de los hombres,
cada día.

Calle cortada

a Sarandy Cabrera

Permaneces tendida debajo del tiempo.

Un agua oscura se junta a tu exigua
distancia, constantemente interrumpida
contra un opaco muro de ventanas clausuradas.

Conflictos invisibles te sostienen,
propósitos de vida que no ceden,
e incurres en experiencia,
en técnica minuciosa de puertas
y zaguanes,
en perros inéditos
que navegan tu murmullo.

Es admirable conocerte,
existir en ti mientras duran los pasos,
o mirarte deslizar
desde cada movimiento.

Tantas veces me he puesto a descifrar
el humo, los silbidos, los olores,
las formas humanas que exaltan tu vigencia,

Pero concluyo en no saber,
acentúo mi ignorancia,
incapaz de penetrar el idioma
escrito a tiza y a sudor en las paredes,
adherido a ese gris territorio de ciudad
donde tu escaso patrimonio fue asentado.

Por haber llegado a tales conclusiones,
es que deseo un grito que caiga en ti
como un violento sol asesinado,
provocando un estallido,
una situación confusa e inestable.

Puede ser que de ese modo
te cubran semillas azules,
te apremien ocurrencias de luz,
que verdes raices te insinúen un camino
y que cambies tu clima callado
por una definitiva
y abierta distancia.

Entierro

a Otto Benitez

Pasa la muerte,
pero antes debió saltar
de sus grietas oscuras.

Ahora sí se adapta
a su estado lejano,
siente elogios
a propósito de flores,
de la brillante madera
trabajada y segura,
de todo este ritual
como un domingo,
de toda la amplia
e inhumana despedida.

Pasa la muerte
en su estólido carruaje,
viaja lentamente a descansar
junto a las fieles consecuencias
de un antiguo nacimiento,
de un entusiasmo por las cosas,
de una breve pasión,
de un otoño lánguido y deseado,

de un síntoma saliendo del espejo,
de un final previsto,
inexplicable.

Cayó la moneda:
salió muerte.
Y los cuerpos así olvidan
su camino hacia el polvo,
los preparan para Aquello,
los impulsan
como a una carta certificada,
los mandan a la sombra pegajosa,
pagan las cuotas,
los destruyen,
saldan la deuda,
los apartan.

La muerte pasa
en su carruaje
de pies y motores aceitados;
pasa la muerte,
trae flores,
siempre pasa.

Verano en la ciudad

a *Ruben Yacovski*

El verano destila
sus licores calientes
como una herida encerrada
entre nervios y carne.

Recibe la ciudad
en las secas ventanas,
esta invasión de asfixia,
de retorcidas glicinas amarillas.

Un zumbido de planetas,
de moscas de oro,
se incauta del aire.

En la madrugada ciertas hojas mueren,
equivocan su tiempo,
captan sustancias que no corresponden,
adelantan un trámite incansable.

Desde el rocío empobrecido
por el viento,
surgen templos originados
en un cielo apocalíptico;

pupilas cegadas
danzando en el fuego;
automóviles que ensucian
el surco de los pájaros;
el agua de las fuentes
ahogada entre papeles;
la piel de las estatuas
incendiándose en el suelo;
los altos edificios
respirando ansiosamente;
los grandes talleres escondidos
inyectando en el aire
sus insectos negros.

Un arado de bronce
devasta las terrazas,
los distritos frecuentados
por palomas,
las plazas suspendidas en la hierba,
las rutas elegidas
para el placer o el tedio,
el trabajo o la muerte.

Y queda el verano
entre fronteras de basura,
en medio del estrépito
que promulgan las bocinas,
mientras un niño violenta
la ley establecida,
arrojando pequeñas
piedras
en un charco.

Calle Isla de Flores

a Iván Kmaid

Vieja calle: tienes todavía
las claves de un secreto
inaccesible y compartido.

Hombres lentos fumaban
en la esquina sin faroles,
añorando la luna
perdida de tus tangos,
y, como en el cuento
del mágico flautista,
los ratones morían
ahogados en los charcos.

El invierno ensuciaba tus veredas,
la estrecha luz del cielo,
y destruía implacable
mi pelota de trapo.

Yo fui tu habitante,
me enseñaste muchas cosas:
ese olor de la miseria
que castiga para siempre,
el borracho sin apuro

que contaba las baldosas,
aquel loco que soñaba
toda noche iguales sueños,
y cada madrugada
con la misma mujer
regresando su cuerpo
y con alguien abrazado
a un bandoneón,
preparándose con él para la muerte.

Yo fui tu habitante,
te abandoné por otro mundo
y otras calles,
y mi forma de ser fiel,
es recordarte.

.

8

11

12

13

.

14

3

...y cerró la carne en su lugar.

GENESIS, 2:21

En tí no hay tiempo

a *Washington Benaídes*

Hijo mío,
en tí no hay tiempo:
sólo el juego vital
de tu asombrado cuerpo,
sólo tu voz
como un fruto
traído desde lejos.

Eres una enorme esperanza
que se ignora,
una extensión sombría
agrandándose en mi sangre.
Ahora estamos juntos,
y en tí no hay tiempo.

Pero los astros
van haciendo
su camino en silencio;
los libros, las banderas,
las flores envejecen
como si algo sucediera
porque algo sucede.

Y en tí no hay tiempo;
respira, grita, muere,
hijo mío,
por eso.

Soledad propia

a Juan C. Somma

Quiero decirte, hijo mío,
que algún día estarás solo;
de un modo inesperado
como esos movimientos
que vibrando recorren
los cuerpos dormidos.

No será la soledad
que presientes en la sombra
o cuando dices un nombre,
y todos, sin escuchar,
te miran o callan.

Tampoco la soledad
mencionada en los libros
o la que hace el viento
cayendo entre las hojas;
ni siquiera la tristeza
que fielmente prepara tus recuerdos;
ni siquiera el camino
que con el canto sale de tu boca.

Estarás solo, rodeado.

de un difícil alimento;
podrás ver que los hechos,
aun distintos, se repiten:
los gestos de la luna,
los pétalos muriendo,
los sonidos y el silencio
que tu corazón devora.

Serás el dueño de un idioma extraño
que aprenderás muy lentamente;
actuará sobre tus ojos el misterio;
en tu memoria encontrarás
todas las cosas,
que así transcurrirán
mientras tú quedas.

También el tiempo pasará a tu lado,
pero llevándose apenas
lo que obtenga.

Será como empezar
desde las raíces destruidas;
será como respirar
aplazando a cada instante la muerte;
será como entrar en la piel que te espera
y en la carne
de las que fuiste arrojado
a la tierra,
a todo el amor.
y al olvido.

Carta a propósito del mundo

a Clara Silva

Hijo mío:
Cada día es todo más difícil y oscuro.

Quién sabe si mañana
tocaremos el mar con estos dedos,
si podremos sentir
el olor de la hierba que nace,
si veremos la sombra
que las hojas dejan caer en el suelo.

Debes por lo tanto
cuidar de las enormes maravillas del mundo:
los elementos secretos
que forman tus horas,
los peces rojos que te siguen
hasta el agua profunda del sueño,
las gotas de lluvia
saltando en el polvo.

Debes cuidar de todo eso:
regresa tu breve camino
de risas, de gritos, de flores, de llantos,

y verás cómo tu perro de lana
todavía se encuentra nuevo e intacto.

Descubre después las raíces
que nadie imagina debajo de las piedras,
cuenta los pasos que dan los caracoles
y el silencio de los grillos por la noche.

Defiende las pequeñas semillas
que puse en tu mano,
y protege la luz:
que no se pierdan los colores;
y por favor no olvides
recoger las plumas de los pájaros.

Pero apúrate, hijo mío, apúrate.

Ahora no puedo explicarte:
todo es
tan difícil
y oscuro.

Regreso en setiembre

a Carlos Martínez Moreno

Ahora es Setiembre, padre,
como hace dos años.

Las cosas han cambiado,
han cambiado tanto.

Muchas lluvias se extinguieron
en el aire,
mucho polvo ha sido
desde entonces, barro.

Y tú regresas nuevamente
hacia mi sangre.

Es éste un viaje
de momentos y sombras,
de recuerdos y dolor
cayendo entre nosotros.

Tu silencio y mi voz
se reconocen,
deciden golpear cerradas puertas,
y pueden olvidar

lo tuyo que nos falta,
las destrucciones que sirven
en favor de tu ausencia.

Fuiste despojado,
perdiste lo accesorio;
y tu sistema de callar,
de hacer sonrisas y miradas sencillas,
es lo que ahora en Setiembre
te regresa
como de un nacimiento o una leyenda.

Recién comprendo
cuál fue tu trabajo:
silencio me diste
para que yo, al nombrarte,
también las palabras calladas
y el tiempo vencido, nombrara;
vida me diste
para que otra vida
más fuerte y más pura
mis manos crearan.

Es pesada tu herencia,
pues no tenías nada.

Vienes conmigo
y conmigo regresas
a traerme noticias de tu esperanza:
aquí está el camino,
en este largo Setiembre
que para mí dejaste:
del agua al vino,
del vino a la sangre.

Hilo de sangre

a Manuel Marquez

Es triste, padre,
que hoy sea tan sincero;
que te hable de mi débil voluntad
por encontrarte;
que insista torpemente
en extraer de tu imagen
lo que apenas lograste
a través de la carne.

Dispongo de palabras
que voy colocando
en lugares distintos;
me entrego en ademanes
tuyos,
que repito;
y el tiempo me recorre
con tu paso tardío.

El mármol te separa
de objetos que conozco,
del aire donde el calor
de tu cuerpo aún se diluye.

(Sólo una vez caminé
llevando flores,
mas no pude avisarte
y todo fue perdido.)

En cada momento
te hallas más ausente,
más lejos y lejos,
quizás hundiéndote, ocultándote
dentro de mí.

Por eso cuando digo alguna cosa,
mencionando la noche, el cansancio,
qué sé yo, parece
que entre aliento y sonido
discurriera tu voz.

Es triste, te decía,
que hoy sea tan sincero:
es que hacer de ti
lo que de ti no hiciste,
no sirve, es cambiarte
por otro que no eres.

Prefiero tu verdad
de fría ausencia,
asumida entre despojos de la tierra.

El hilo de sangre
ya está roto:
es que lo tejiste
con toda tu fuerza.

Rubén Ibarra

orden del libro

— 1 —

Poesía	Pág. 11
Cero	" 13
Viaje a Mango	" 16
Advenimiento	" 18
Sitio oscuro	" 20
Tiempo de reír	" 22
La bandera	" 24
Belleza	" 26
La piel del verano	" 28

— 2 —

Cada hombre	Pag. 33
El mendigo	" 34
Ciudad bajo la lluvia	" 36
Calle cortada	" 38
Entierro	" 40
Verano en la ciudad	" 42
Calle Isla de Flores	" 44

— 3 —

En ti no hay tiempo	Pág. 49
Soledad propia	" 50
Carta a propósito del mundo	" 52
Regreso en setiembre	" 54
Hilo de sangre	" 56

100

101

102

103

104

105

106

107

El presente volumen constituye la entrega No. 6 de Aquí, Paesía, publicación bimestral dirigida por Ruben Yacovski. Croquis tipográfico y carátula de Sarandy Cabrera. Impreso en forma cooperativa en los talleres gráficos de la Comunidad del Sur, calle Canelones 1484, Montevideo, bajo el cuidado de Antonio Torres, el día 15 de setiembre de 1963.

10. The following information is taken from the records of the American Telephone and Telegraph Company:

On 1/1/1981, the company had 100 million shares of common stock outstanding.

On 3/1/81, the company issued 10 million shares of common stock.

On 7/1/81, the company repurchased 15 million shares of common stock.

On 10/1/81, the company issued 5 million shares of common stock.

On 12/31/81, the company had 90 million shares of common stock outstanding.

On 1/1/82, the company had 90 million shares of common stock outstanding.

On 3/1/82, the company issued 10 million shares of common stock.

On 7/1/82, the company repurchased 15 million shares of common stock.

On 10/1/82, the company issued 5 million shares of common stock.

On 12/31/82, the company had 85 million shares of common stock outstanding.

On 1/1/83, the company had 85 million shares of common stock outstanding.

On 3/1/83, the company issued 10 million shares of common stock.

On 7/1/83, the company repurchased 15 million shares of common stock.

On 10/1/83, the company issued 5 million shares of common stock.

Saúl Ibergoyen Islas nació en Montevideo, Uruguay, en 1930. Su obra anterior registra los siguientes libros de poemas: "El pájaro en el pantano" (1954); "El rostro desnudo" (1956); "El otoño de piedra" (Deslinde, 1958); "Pasión para una sombra" (Deslinde, 1959); "El libro de la sangre" (Deslinde, 1959); "Un lugar en la tierra" (Deslinde, 1960); "Ciudad" (Alfa, 1961); "Límite" (Diálogo, Asunción 1962); "Sin regreso" (Panorámica, Lisboa, 1962). Colabora en revistas de su país y del extranjero.

